

LOS JÓVENES Y DIOS

INTRODUCCIÓN

La teología que no da respuestas al sentir del pueblo, no es teología. En este mismo papel hemos publicado hace poco el sentir actual de la ciencia y Dios. Una problemática tan vieja como el mismo hombre que, no obstante, se tiene que reactualizar conforme avanza el pensamiento humano.

Eso pretendió nuestro trabajo. El lector recordará que partimos de una hipótesis en la que reactualizamos los conceptos de fe y creencia: la fe no debe adjetivizarse pues emana del mismo Dios. La creencia, es decir, la religión, sí, pues emana del hombre.

Sentada esta premisa intentamos demostrar que ciencia y religión no son posibles sin fe. De ahí que en la historia de los hombres de ciencia, siempre encontremos una enorme preocupación del sentir religioso. Preocupación que se hace objetiva con la veneración o con el rechazo. Esta veneración o rechazo crea nuevas formas de expresión religiosas desde el teísmo o desde el ateísmo.

España vive en sus carnes (reencarnación), ambas posibilidades humanas. De nuevo afirmamos, que para vivir ambas experiencias hace falta eso que llamamos fe. Unos la usan para negar la vida (bueno es recordarlo en estos momentos en los que escribimos este artículo ya que es Navidad), y otros, los cristianos, para afirmarla.

Ahora desearíamos poder responder a otro gran interrogante que nos plantean desde esta revista y que es reflejo de lo que está ocurriendo en nuestra sociedad y de forma especial en España.

El interrogante es el siguiente: ¿Se han olvidado los jóvenes de Dios? ¿Dios y la religión son incompatibles en nuestra sociedad de consumismo y opulencia? ¿Iglesia y juventud son realidades contrapuestas?

He formulado el interrogante desde tres distintas posiciones, Dios, religión e Iglesia. Las tres se aúnan en el sentir espiritual del ser humano, pero no necesariamente al unísono.

Hemos comenzado recordando lo escrito en esta misma publicación porque entonces el problema que se nos planteó era tratar de unificar creencia e increencia bajo el crisol de la fe. Como teólogo, y especialmente en este caso, como profesor de religión de un Instituto de Enseñanza Secundaria, desearía analizar la nueva cuestión que se me propone y humildemente intentar, como entonces, dar algunas sugerencias en un tema que no es baladí y en el que reconozco que, como padre y profesor de jóvenes, estoy, a la vez que interesado, preocupado.

Gracias, por tanto, a esta revista y especialmente a D. Emilio Frías por la oportunidad que me brinda al publicar la respuesta al interrogante planteado, tratando a la

vez de actualizar la frase con la que hemos iniciado esta introducción: la teología ha de intentar responder al creyente de hoy, aunque sea creando nuevos interrogantes.

En primer lugar analizaremos la cuestión desde la Biblia, por ser la fuente desde la que emana nuestra forma de expresar la fe. En segundo lugar observaremos lo que al respecto haya podido decir el magisterio de los Papas (especialmente recogeremos la opinión de Juan Pablo II, por su enorme preocupación por los jóvenes, amén de su carisma especial con este colectivo). A continuación, intentaremos conocer la opinión de nuestros jóvenes, pues ellos también tienen su propia visión del problema. Finalmente, y a modo de síntesis, intentaremos acercar, desmitificar, y por tanto, reencarnar el mensaje de la Biblia (Dios) y de los Papas (Iglesia), en una conclusión, para intentar religar, de ahí religión, estas propuestas y acercarlas a nuestro acontecer actual, tratando de sugerir ideas que nos ayuden a comprender la problemática de la relación entre la juventud y Dios.

LA BIBLIA ANTE LOS JÓVENES

Aunque parezca no ser novedoso, he de recurrir a la Biblia a la hora de hablar de los jóvenes. No en vano uno se confiesa católico y amante de ese hermoso libro tan comprado como tan poco leído. Allí entre sus páginas encontramos la historia de la humanidad, conforme la interpreta el mundo occidental.

No somos el ombligo del mundo, por ello reconocemos que hay otras historias de otros mundos que no están entre las páginas de la Biblia. Pero esas historias, cuando hablan de los valores humanos con referencia al trascendente, encuentran eco en sus mitos, leyendas y acontecimientos.

Allí se habla de los jóvenes, y salvando tiempo y lugar, se observa que, si bien el mundo ha cambiado, la problemática de la juventud ante Dios viene siendo similar a la planteada en nuestro entorno. Escuchemos dicha problemática y comparemos:

El pasaje con el que intentamos reflexionar es aquél que nos narra el diálogo de un joven con Jesús. Allí el joven pregunta *¿qué he de hacer de bueno para conseguir vida eterna?* La pregunta refleja perfectamente el sentir de la juventud. Nada queda fuera de sus posibilidades. Los pocos años y la irreflexión junto a la impaciencia van juntos. No en vano recuerda la sabiduría popular que, hacen falta muchos años para llegar a ser joven.

La respuesta de Jesús es paciente y reflexiva: *¿Por qué me preguntas acerca de lo bueno? Uno solo es Bueno.* El joven de todos los tiempos quiere conseguir las cosas gracias al poder de su juventud: cambiar las relaciones humanas, la sociedad, el mundo, y puestos a cambiar, por qué no, la eternidad (nada nuevo bajo el cielo).

Para conseguir todo, algo habrá que hacer. Es decir, el joven parte de su fuerza y será gracias a ella, que “podrá hacer”. El joven piensa que si él hace algo, conseguirá la vida eterna. Sin embargo, el joven no sabe que la vida eterna es un don. Y como tal, dado a priori, como la fe (de ahí el nexo con el citado artículo sobre los científicos y Dios), nadie puede conseguirla puesto que todos la tenemos.

El joven en su impaciencia, no ha reflexionado. Jesús le muestra un camino que a él le va a costar asimilar. Lo bueno que él pretende (la vida eterna), no se hace...porque ya está hecho.

La vida eterna no depende de él. Está ahí, abierta a sus posibilidades. Y éstas comienzan al admitir que nada podemos hacer para conseguirla. De ahí que Jesús responda: *Uno solo es Bueno*. Tú quieres hacer algo para ser bueno: ¡Ya lo eres! Dios te ha hecho así. Cosa distinta es que tu personal libertad te lleve a rechazar esta verdad. Dios es el único Bueno. Y tú, que has sido creado a su imagen y semejanza, tienes que ser como Él.

Doy por sentado que si la pregunta la hubiera formulado un personaje o colectivo distinto, la respuesta habría sido otra. Aquí la respuesta como todo el posterior diálogo se dirige a la juventud, y tratará de demostrar que nadie puede conseguir la bondad, puesto que siempre se encuentra en el horizonte de las posibilidades humanas. Y ello es así porque el horizonte lo llevamos impreso en el alma.

Para alcanzar la vida eterna no hay que hacer cosas, ¡hay que cambiar! Pero no los demás, como siempre ha pretendido la juventud de todos los tiempos, sino uno mismo. Sólo así cambiarán las cosas.

Yo soy el resto del mundo y si yo cambio, ese resto cambia conmigo. Y así el diálogo de Jesús irá ampliando el horizonte hasta acabar con él. El joven no comprende y... *Al oír estas palabras, el joven se marchó entristecido...*

El evangelista Mateo (estas perícopas viene en 19,16-22), dirige su mensaje a los judíos, y ellos, como muchos cristianos de hoy día, creían que con ser fiel a los mandamientos tenían una acción para el cielo.

Jesús responde y sigue respondiendo, que la perfección reclama la constante renovación de la mente y del corazón hasta el instante mismo de la muerte (Ef 4,23). Este es el quehacer del ser humano, tal y como lo quiso Dios en el principio cuando lo creó a su imagen y semejanza: *Creó, pues Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creó* (Gn 1, 27).

Esta es la razón por la que la propia vida de Jesús trasciende sus palabras. Jesús fue hombre en plenitud, porque lo demostró hasta la muerte. Y sólo entonces alcanzó la vida eterna. Y sólo entonces, en Él, podemos afirmar que este don ya estaba dado desde los orígenes.

Mateo está explicando en su evangelio toda una catequética. Y los judíos, que creían ser portadores del mensaje desde los orígenes, en las cosas de Dios, son jóvenes inexpertos. Habían llegado a creer que su Ley les iba a salvar. Todo dependía de las fuerzas personales para cumplirla. Y Jesús nos aclara el error. No hay fuerza alguna que pueda alcanzar a Dios, Él, Bondad absoluta, se ha dejado alcanzar desde los orígenes.

El joven rechaza la gratuidad, porque ella exige ser, y no hacer. Quien es, por supuesto que hace. La juventud de todos los tiempos está inmersa en la acción. Pero ésta ha

de ser reflexiva, realizante. No deja de ser sintomático que sea Mateo el que sitúe el diálogo con un joven, no así el resto de los sinópticos. El pueblo de Israel es muy joven, todos somos jóvenes cuando nos comportamos ante el hecho religioso con arrogancia y prepotencia.

Mateo resalta la juventud, donde Lucas y Marcos resaltan la riqueza (Mc 10, 17-22; Lc 18, 18-23). Aquí el único auténticamente Bueno y Joven es Dios; nosotros cuando creemos haber llegado, volvemos a encontrarnos en el inicio del camino.

Israel aunque antiguo en la historia de la salvación, se comporta de forma irreflexiva. Se comporta como si fuera joven. Por ello Mateo sitúa la acción ante un joven que pretende conseguir lo que quiere. Pero lo que quiere, lo tiene ya, porque Dios se lo había dado previamente.

El joven en su irreflexión no es malo, Jesús lo sabe y por ello dialoga con él ¿y nosotros? Sus pocos años no le permiten vislumbrar la eternidad. Pretende conseguirla cumpliendo preceptos (hoy diríamos, oyendo misas, dando limosnas, etc., en definitiva siendo buenos a nuestro estilo y no al de Dios). La eternidad (como la bondad), no puede ser medida con el tiempo...y el del joven es tan pleno, como corto, de ahí su incongruencia y su arrogancia. Es más, la eternidad no tiene tiempo, y los judíos pretendían haberla conseguido a través de la historia de su pueblo.

El joven se marcha entristecido... todo el tiempo es suyo, ¡pero no la eternidad! Jesús comprende que el joven adolece. La adolescencia siempre carece de algo ¡Hay tanta adolescencia en Israel, como en cualquier adulto que cree saberlo todo!

El pasaje de Mateo retoma tras este diálogo el matiz de la riqueza que habían desarrollado los otros evangelistas: *“Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Yo os aseguro que un rico difícilmente entrará en el reino de los cielos...”*(19,23).

Donde Lucas y Marcos habían hablado de un rico, Mateo lo había dicho con relación a un joven ¿Por qué ahora habla de riquezas si antes lo había silenciado? Creemos que la respuesta, y siguiendo su catequética dirigida a los judíos, hay que encontrarla en el valor que tenía la pobreza en aquellos siglos: valor cero. Tal es así, que Mateo en el discurso de las Bienaventuranza, cuando se refiere a los pobres le oímos decir: *“Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos”* (Mt 5,3). Lucas dirá simplemente los pobres, omitirá la palabra espíritu: *“Bienaventurado los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios”* (Lc 6,20b).

Para la cultura judía, quien es pobre, no está con Yahvé, como quien es ciego, sordo, mudo o paralítico (así lo explicamos en detalle en nuestro libro sobre los milagros en la Biblia).

Mateo tiene que amortiguar la fuerza del mensaje de Cristo, teme que sus lectores, por ser judíos, no comprendan el significado de la felicidad en la pobreza. Por ello estimo que no debemos perder de vista que el diálogo con Mateo es con un joven. Así, cuando introduce la riqueza en los versículos que estamos analizando conviene caer en la cuenta en

lo que posee el interlocutor del Jesús mateano ¡Juventud! ¡Vida! Pero él quiere más vida, la quiere eterna, es decir, quiere más y más y más (la historia se repite).

Mateo va a responder que así es imposible entrar en el Reino. El joven tiene mucha vida, es rico en juventud, pero de nada le sirve para entrar en el Reino, para, en definitiva, adquirir la vida eterna.

La vida eterna, como el amor y la fe, son dones recibidos e inmersos en el corazón humano. Pero el joven no se da cuenta y pretende adquirirlos por su esfuerzo. Tal esfuerzo es imposible... y el joven se va, porque tenía muchos bienes. Todos los bienes de la juventud (según Mateo), son nada ante la Vida Eterna de los que alcanzan el Reino.

Jesús, sin embargo no le abandona, le comprende, entra en su terreno, trata de transformarle, y en último extremo confía en Dios. De ahí que si bien responde a continuación: “*Os lo repito, es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el reino de los cielos*” (Mt 19,24), da una solución a un tema al parecer insoluble ¿Por qué? Porque en el caso de Mateo no hay posible solución ya que la riqueza, como ya hemos indicado, consiste en el tesoro de la juventud y en la fuerza de la vida en esos años. No es extraño que ante tal paradoja los *discípulos llenos de asombro* exclamen: *Entonces, ¿quién se podrá salvar?* (Mt 19, 25).

Si la perícopa se refiriera únicamente a la riqueza material, como es el caso de los otros evangelistas que omiten la juventud del interlocutor, porque su problemática y la de sus lectores es distinta, no sería imposible salvarse, ya que siempre existiría la posibilidad de entregar la riqueza al servicio de los pobres. De hecho, mucha gente por el Reino hace esto. Sin embargo, entregar la riqueza de la juventud no es posible.

En este contexto entendemos que un camello pueda pasar por el ojo de una aguja. Ciertamente que como el lector sabe, las agujas a la que Cristo se refiere son a las puertas orientales que tenían ese nombre y por el que un camello tenía sus dificultades al pasar, pero por la que, de hecho, pasaba.

La paradoja continúa. El camello pasa, pero el joven no puede pasar al Reino sin donar su juventud y su vida, y para esto, según el contexto, tendría que quitársela. En la cultura judía tal solución es inaceptable porque la vida pertenece a Dios y nadie tiene poder sobre ella, aunque sea la propia.

La paradoja es insalvable. Los discípulos han de reconocer que en estas condiciones, nadie puede salvarse. Es el momento que elige Mateo para decir que *Jesús mirándolos fijamente, dice: Para los hombres esto es imposible, mas para Dios todo es posible* (Mt 19, 26) (ante el tema que nos ocupa, la mirada de Jesús ha de seguir penetrando en el alma del hombre de fe).

¿Comprendió Israel el mensaje? La respuesta como si de un *Koan* se tratara, ha de ser dada desde el corazón del creyente. Aquí interesa resaltar la forma en la que Cristo comprende a la juventud.

Antes de aventurar soluciones, veamos la problemática desde otro vector.

EL MAGISTERIO DE PAPAS ANTE LOS JÓVENES

Escuchemos la voz del añorado Juan Pablo II, e intentemos comprenderla a la luz de la Biblia.

Levántate, escucha, no tengas miedo. Esta es la síntesis del mensaje que el Papa Juan Pablo II, dirigió a los jóvenes a su llegada a Berna el 5 de Junio de 2004. Permítaseme continuar este ensayo sobre los jóvenes y Dios, recordando sus palabras.

El Papa recordó que Jesús, al encontrarse con un joven muerto, e hijo único, acompañado por su madre, exclamó: *levántate*. El texto de Lucas dice que al ver Jesús el dolor de la madre sintió compasión y le dijo: *No llores. Y acercándose, tocó el féretro. Los que lo llevaban se pararon, y él dijo: Joven, a ti te digo: Levántate* (Lc 7,11-17).

El semitismo “levántate”, implica la necesidad de cambiar el rumbo; la obligación de cambiar de una concreta situación negativa para reencontrar el auténtico camino. En la Biblia (Antiguo Testamento) ha de levantarse Caín tras el asesinato de Abel: *¿Por qué andas iritado y por qué se ha abatido tu rostro? ¿No es cierto que si obras bien podrás alzarlo?* (Gn 4,6-7).

Caín ha obrado contra su hermano y no puede levantar su rostro. En el Nuevo Testamento, Mateo como el Caín de todos los tiempos, también está inmerso en su mundo. Recordemos que Mateo tiene el oficio de recaudador. Iba de pueblo en pueblo recogiendo los impuestos. Jesús le encuentra sentado y al dirigirle la palabra, *Él se levantó y le siguió* (Mt 9,9).

Levantarse no es ponerse en pie o volver a vivir (quien resucita no puede volver a morir) es despertar, resucitar, resurgir a la auténtica vida a la que el ser humano está llamado. Quien no se levanta (resucita), no puede comprender ciertas cosas. De ahí que Marcos diga: *Y cuando bajaban del monte les ordenó que a nadie contasen lo que habían visto hasta que el Hijo del Hombre se levantara de entre los muertos* (Mc 9,9).

Aquél que no encuentra su camino, está muerto. El Papa deja oír su voz y dice a los jóvenes: levantaos.

En la segunda parte de la invitación que dirigió el Papa de feliz memoria a los jóvenes, les recordó la necesidad de la escucha.

Todo el mundo Bíblico y toda la historia del hombre religioso, parte de la necesidad vital de la escucha. La primera página de la Biblia nos muestra a un ser humano, que comienza a serlo, gracias a que sabe escuchar en la creación la voz de Dios. Una voz que desde el Génesis se está dejando oír y que el autor sagrado la explica, míticamente hablando, con su... *Y dijo Dios* (Gn 1,3). Este decir de Dios implica un escuchar del hombre.

No sabemos cuantos *eones* habrá permanecido esperando la voz de Dios en su creación, sólo sabemos que un día alguien la escuchó y ese día, el animal, se convirtió, emergiendo de la naturaleza (barro), en un ser humano ¿Ha perdido el hombre del siglo XXI esa capacidad humana que le permite escuchar y reinterpretar la voz del génesis?

Aquel mítico día seis de la creación ha dado paso al día siete. Estamos todos en el día siete de la creación (Gn 1,26-2,4). El día donde el hombre que escucha, sabe interpretar los signos de los tiempos. Y es que desde el génesis del acontecer humano, la voz de Dios se escucha, en aquel que tiene oídos, en todo cuanto nos rodea.

El Papa dijo a los jóvenes: No os canséis nunca de entrenaros en la difícil disciplina de la escucha. La escucha reclama, como bien recuerda San Pablo, la constante renovación de la mente ¿Puede el individuo, antropológicamente hablando, ser joven y no escuchar? La escucha es el despertar de la persona. Quien escucha, interpreta. Quien interpreta, renueva, renace a una constante creación a la que el hombre es llamado desde la noche de los tiempos.

Con razón recordó el Papa que la escucha reclama un constante entrenamiento. Entrenamiento que llega hasta el instante mismo de la muerte. Y allí la escucha nos abre la puerta de la resurrección.

Pero hasta que llega ese momento, y durante el constante entrenamiento que ha de recorrer el ser humano, el temor le invade. El ser humano siempre ha temido lo que está por descubrir, no en vano, lo desconocido, nos puede destruir.

El Papa, consciente de esta realidad, dijo a los jóvenes que no tuvieran miedo. El miedo es humano y puede ser vencido, él les recordó que Cristo siempre está en el horizonte de cualquier posibilidad humana, que como tal, tiende a realizarse. El hombre y la mujer especialmente en su etapa juvenil, han de realizarse. Con el tiempo el adulto que sigue a la escucha, sabe que su realización sólo acaba en la resurrección.

Si esto es así ¿por qué los jóvenes parecen estar alejados de Dios?

Antes de sugerir respuesta alguna y tal como hemos enunciado anteriormente, vamos a escuchar la voz de los jóvenes. Hemos dado dos pinceladas a nuestro lienzo: La Biblia y el Papa. Ahora serán los propios jóvenes los que dejarán su impronta en nuestro trabajo; sólo así podremos aventurar alguna conclusión a la relación actual entre los jóvenes y Dios.

EL MUNDO ANTE LOS JÓVENES

Hemos oído la voz de la Biblia y la del recordado Papa Juan Pablo II, bueno es que escuchemos la de los jóvenes para, posteriormente, intentar encontrar caminos de encuentro que nos permitan dar respuestas al acontecer de los jóvenes y Dios en nuestro contexto actual.

Para conocer la opinión de los jóvenes, vamos a recordar algunas de las encuestas que han aparecido últimamente, con relación a la problemática aquí planteada. Estas encuestas reflejan el sentir de la juventud española.

Hemos de partir de la tesis que, al respecto, nada hay nuevo sobre el horizonte. Si el lector tiene duda sobre esta afirmación, para intentar convencerle lea atentamente el siguiente titular:

Nuestra sociedad está perdida si permite que continúen las acciones inauditas de las jóvenes generaciones.

La frase es tan actual que difícilmente habrá convencido al lector que, previamente, no hubiera aceptado mi propuesta. No obstante, si le recuerdo que este titular ha sido recogido de una tabla encontrada en Ur de Caldea (la patria de Abraham) y que el mismo debió ser escrito hace más de ¡cuatro mil años!, puede ser que cambie de opinión.

La Biblia nos recuerda este lugar del que procedía Abraham de la siguiente manera: *Estos son los descendientes de Téraj: Téraj engendró a Abrán, a Najor y a Harán. Harán engendró a Lot. Harán murió en vida de su padre Téraj, en su país natal. Ur de los Caldeos. Abrán y Najor se casaron. La mujer de Abrán se llamaba Saray...* (Gn 11, 27-30).

¿Fue Abraham, siguiendo la saga que nos narra la Biblia, uno de esos jóvenes que, realizando acciones inauditas, marchó de aquellas ricas tierras de la baja Mesopotamia, dejando familia y patrimonio, hacia otros lugares del Fértil Creciente para buscar fortuna?

Los Caldeos tenían razón. El proceder de Abraham, posiblemente fue una de esas inauditas acciones que proclama la tabla que hemos citado. Claro que semejante acción fue el primer movimiento que recuerda Israel a la hora de narrar el nacimiento de su pueblo: *Marchó pues Abrán como se lo había dicho Yahvé* (Gn 12, 4).

La época juvenil, a través de la historia, suele ser el momento en el que damos el primer paso para trascender al ser humano que llevamos dentro. ¿Qué pasos está dando nuestra juventud actual con relación a Dios?

En el momento que estamos escribiendo estas líneas, recibimos el informe publicado por la Obra Social de la Fundación Caixa bajo el título *Jóvenes y Valores. La clave para la sociedad del futuro*; y, asimismo, tenemos delante el último informe de la Fundación Santamaría sobre *los Jóvenes Españoles 2005*. A ellos remitimos al lector, si desea ratificar y/o ampliar los datos que seguidamente reproducimos.

No obstante, como en tiempos de los Caldeos, nos quieren hacer ver que la rebeldía actual de los jóvenes es consecuencia de la tolerancia de unos padres, que en su tiempo, fueron educados en la intolerancia y el fanatismo, y que la permisividad de la sociedad actual, es consecuencia de la carencia tan absoluta que tuvieron los hombres y mujeres de la posguerra. Así, ahora, todo se ha relativizado, incluida la idea de Dios.

Sin embargo, basta analizar el tema que estamos tratando desde una perspectiva teológica, (que es el lenguaje en el que deberíamos situar el sentir de los jóvenes con relación a Dios), para intuir que las expresiones anteriormente citadas, son más políticas que religiosas.

Los hechos del siglo pasado han tenido menos influencia de lo que muchos quisieran.

El maestro teme a sus alumnos... los alumnos menosprecian a sus maestros.

Destaco estas dos frases porque aparecen constantemente en los titulares de prensa, radio y TV en el inicio de nuestro siglo XXI... aunque, de hecho, las he entresacado ¡de *la República* de Platón! (texto que fue escrito en el siglo IV a de C.).

Creo que con los ejemplos señalados puede quedar patente que la juventud, dentro de su propio contexto histórico, ha merecido parecidos titulares que los que dedicamos en la actualidad. Ciertamente que en cada devenir se destacan diversas singularidades.

Una de las que en nuestra cultura occidental y especialmente en la española, merece ser señalada, debido al bajo índice de natalidad (el segundo más bajo del mundo) es que jamás había habido tan pocos jóvenes en términos relativos que influyeran tanto en la población adulta: Hasta tal punto es así, que invirtiendo los valores, ahora son los adultos los que imitan a los jóvenes y pretenden vivir fuera del contexto de su edad cronológica.

Este dato nos merece especial relevancia. Aquel dicho de nuestros mayores que decía que la juventud era una enfermedad que se pasaba con los años, ya no tiene vigencia. Ahora son los mayores los que se aferran a esta etapa ocultando el paso del tiempo ¿Cómo? La cosmética, la cirugía, las costumbres, y hasta la forma de vestir, están al servicio de “una eterna juventud” ¡Ahora que hay menos jóvenes que nunca!

¿Qué está sucediendo para que las necesidades imperativas propias de la juventud, pues brotan de lo fisiológico (comer, beber, sentir, etc.) lleguen a prevalecer sobre las intelectuales y espirituales, que por no ser fisiológicas, precisan tiempo y dominio de la voluntad? ¿Hemos olvidado que la idea de Dios no nació en los albores de la hominidad, sino en la génesis de la humanidad?

Dios, para el ser humano, no es una necesidad fisiológica, por ello, han sido precisos millones de años para intuir esta realidad, que por ser espiritual, necesita de una humanidad altamente desarrollada. En pura antropología del espíritu podemos afirmar que la idea de Dios acaba de nacer en la historia de la humanidad.

¿Estamos retrocediendo a etapas más homínidas a la vez que nos alejamos de aquellas que son más humanas? ¿Qué valores estamos injertando en nuestra sociedad para que los jóvenes teniendo mayor formación tengan menor comunicación y educación?

La Generación @ es neutra, viaja al espacio y almacenada millones de datos de información en décimas de segundo. Ellos saben más de bits, megas y gigas que sus

mayores. Nuestros nietos con cinco años, maneja el móvil, el DVD, la PDA y el PMT mejor que nosotros. Esta realidad del siglo XXI da a nuestra juventud una singularidad única en la historia de los tiempos. Ahora bien, ¿esta singularidad está al servicio de una humanidad más libre y por tanto, responsable? Si esta responsabilidad la llevamos al terreno religioso la respuesta es, al menos, desalentadora.

El informe antes citado de la Fundación Santamaría nos señala que la importancia que los jóvenes dan a la religión no llega al 6%, la familia, la salud, los amigos, el trabajo, etc., son las preocupaciones que tienen en la sociedad española (este informe del año 2005, coincide con el del CIS nº 2482, del año 2003).

Los jóvenes son cada vez menos eclesiales y más indiferentes. La Iglesia, junto a las grandes empresas y multinacionales, no les merece confianza, y aparece por primera vez en los últimos puestos debido a que no aprueban su funcionamiento. Hoy, asimismo, por primera vez en la historia, más del 50 % de los jóvenes se declaran no católicos, cuando hace apenas 10 años esta cifra no alcanzaba el 30 %.

Escasamente un 10 % asisten a parroquias o pertenecen a movimientos parroquiales, sin embargo, y este es un dato relevante y revelante, únicamente un 28 % dice no creer en Dios.

Según estos datos, podríamos pensar (así lo afirma el informe de la Fundación Santamaría), que los jóvenes están rechazando no tanto el mensaje de la existencia de Dios, sino el mensajero, es decir, la Iglesia. Y ello porque más del 60 % afirma rezar cada día, a pesar del declive de las prácticas eclesiales.

La mínima asistencia de los jóvenes a misa podría resumirse en las frases “la misa no me dice nada”, “la misa es muy aburrida”. La preocupación de la jerarquía eclesial es evidente. Buena prueba de ello es el proyecto de la Iglesia de Madrid “Misión Joven”. El Cardenal Rouco junto a los Obispos de las Diócesis de Alcalá y Getafe están intentando misionar a la juventud para intentar frenar esta realidad.

¿Qué está sucediendo? Los parámetros que hemos enunciado tienen la clave. La Biblia, la Iglesia (el Papa), los Jóvenes... y aleteando desde los orígenes DIOS.

CONCLUSIÓN

Estudiados los parámetros anteriores, vamos a sugerir algunas ideas a modo de conclusión, sabiendo de antemano que la óptica a través de la que se ha observado el problema, tal y como quedó anunciado en la introducción de este ensayo, es la del saber teológico.

Los jóvenes y Dios son la cara y la cruz de la moneda que estamos presentando. Dios debe ser la más novedosa radicalidad del ser humano ¿Qué sucede cuando la novedad desaparece, precisamente en aquellos que por estar descubriendo el mundo son más radicalmente novedosos?

La Biblia nos muestra que en las realidades divinas no vale lo ya conseguido. Israel no era mejor que el resto de las naciones, especialmente si por serlo, ¡se lo cree! El joven,

por la riqueza de su vitalidad, tampoco tiene prioridad alguna para conseguir la eternidad. La auténtica riqueza del ser humano, está en la constante búsqueda de Dios. El joven busca y esa es su máxima riqueza, por ello Mateo la presenta ante el que desea llegar al Reino de los Cielos. Ni siquiera la bondad nos hace merecedores de este premio. Nadie es bueno, sólo Dios.

Nos interesa resaltar teológicamente este vector de la búsqueda y ello porque Mateo, y no los otros evangelistas, lo hace a través de un joven. El hombre joven, y no sólo por la edad, busca, pregunta, inquieta, descubre, intuye el camino de la Verdad. Y es en esta búsqueda de la Verdad donde se hace libre. Tan libre, como esclavo el que cree haber llegado a la meta, que es como decir, parafraseando a Mateo, el que cree que puede llegar al Cielo siendo bueno a través de sus solas fuerzas.

No es extraño que el joven del evangelio apenado, abandone la búsqueda. En el camino y seguimiento de la Verdad, que es Cristo, se puede comprender este pasaje, fuera de este caminar, con palabras del Papa, da miedo. Es preciso estar levantado, es decir, en camino hacia la Verdad que es resurrección, para intuir esta forma religiosa de entender a Dios. Pero también es necesario repetir una y otra vez, que a Dios no hay que entenderlo, hay que vivirlo.

El Dios de la razón pertenece al mundo de la filosofía, el Dios de la religión pertenece al mundo de la vivencia. De ahí la necesidad de la escucha. Dios desde los orígenes se sigue dejando oír en la creación.

La escucha es necesaria pues en ella los signos de los tiempos nos revelan la Buena Nueva (Evangelio). Y la buena más radical, es la de los jóvenes. La Biblia nos muestra a la juventud de entonces y de ahora. A la juventud que desea conseguir todo y cambiar todo. Cada cristiano ha de saber escuchar en los signos de los tiempos de su particular devenir: Así fue hace veinte siglos, y así es en el instante en el que el lector está leyendo estas líneas.

Estar a la escucha, aunque como siempre, sigamos sin comprender lo escuchado, es comenzar a resucitar. Y como entonces lo que no es posible para el hombre lo es para Dios. No hay que temer y abandonar. No hay que intentar que la juventud cambie. No hay que preguntar, ¿por qué la juventud se aleja de Dios? Hay que meditar lo que está sucediendo y preguntarnos qué hemos de hacer para que la juventud reencuentre lo religioso en su acontecer histórico.

En las diversas jornadas a las que he asistido sobre la “Misión Joven” de la Iglesia en Madrid, oigo insistentemente la preocupación de la Iglesia por el abandono de los jóvenes. Pero nunca he oído decir qué hemos de cambiar en nuestra Iglesia para que nuestros jóvenes no nos abandonen. Si el Evangelio sigue siendo joven, ¡los viejos somos nosotros!

El mensajero, como indica la encuesta de la Fundación Santamaría, no se ha renovado. De ahí que la necesidad de Dios en los jóvenes es tan real como hace años,

aunque la asistencia de la juventud a las formas y estructuras eclesiales haya caído en picado.

Los jóvenes ante Dios necesitan de una constante renovación, o comprendemos esta realidad, porque de hecho la vivimos, o con nuestra ceguera difícilmente podremos servir de guías.

Perdone el lector que personalice, pero como cristiano y además teólogo, pertenezco a esa Iglesia, soy esa Iglesia a la que exijo renovación. Y es desde esa renovación a la que me impele personalmente el Evangelio, que deseo acercarme y hacer mía la radicalidad de la juventud. Esa dinámica es la que ha de acercarme a los jóvenes. Esa dinámica desde mi fe es el Espíritu, y será el Espíritu que aletea desde los orígenes, y no yo, quien haga posible el cambio de nuestra juventud. Porque en Dios (como afirma el Jesús de Mateo), todo es posible.

Mateo hace más de veinte siglos ya lo intuyó. El Papa en su mensaje vuelve a revelar el misterio. Queremos ser maestros de los jóvenes, mostrarles lo que Dios es. Y nosotros no somos maestros, sencillamente porque sobre esta enseñanza, maestro sólo es Dios: *“Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar Rabbi, porque uno solo es vuestro Maestro, y vosotros sois todos hermanos”* (Mt 23, 8). Ciertamente que ante Dios no hay diferencias, hay mayor o menor escucha. Pues... *no está el discípulo por encima del maestro...* (Mt 10,24).

El joven se marchó desolado ¿Qué hacer?

Somos Iglesia y como tal, cada uno conforme a los talentos recibidos, hemos de actuar en la unidad de Cristo. Esta común unidad es la que nos salva, salvando. Salvar y sanar en lenguaje bíblico es coincidente.

Nuestra tradición católica salva siempre que estemos dispuestos a retomar su dinámica, su fuerza, que es la del Espíritu Santo, y que desde Pentecostés permanece en la Iglesia. Pero si creemos que podemos salvar gracias a nuestro conocimiento de la Verdad, entonces estamos enfermos. Quien está enfermo debe previamente sanar. Y está enfermo quien cree ser bueno, quien cree saber, y quien se autodefine como maestro.

La Iglesia somos el pueblo de Dios. Sin dicentes ni docentes. El primero que sea el último. ¡Qué difícil pero que hermosa verdad!

Los jóvenes de hoy y los de siempre buscan la verdad. Sea nuestro ejemplo camino de esa búsqueda. Seamos maestros en mostrarles con nuestra vivencia al Cristo que llevamos dentro. Y Él hará el resto. Los jóvenes y Dios, ayer, hoy y mañana siguen, seguimos buscando a Dios al margen de la edad cronológica.

Ellos, que somos nosotros, intuyen esta verdad cuando la viven. Jesús la buscó hasta el mismo instante de su muerte, allí donde creyó estar abandonado de Dios: *Y alrededor de la hora nona clamó Jesús con fuerte voz: ¡Elí, Elí! ¿lema sabactaní?, esto es: ¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?* (Mt 27, 46).

La Verdad, que es Dios, reclama toda nuestra historia, que al ser tiempo, no puede alcanzar la Eternidad que hay en Dios. El Papa Benedicto XVI acaba de recordar en su mensaje para la celebración de la Jornada Mundial de la Paz que es la Verdad la que nos hace libres y la que nos da la paz (Jn 8, 32).

Jesús alcanzó la Verdad y la Eternidad en el instante de su muerte, aunque tampoco llegara a comprenderla cuando estaba muriendo. Su voz se escucha a través del tiempo, pero no a través de nuestros oídos. Su voz no proviene de las cuerdas vocales. En el momento de la muerte, Jesús no pudo chillar: *Dios mío, Dios mío por qué me has abandonado*, ya que la muerte de cruz, como bien conoce el lector, se produce por asfixia.

Su voz es la del mensaje que ha recibido Mateo y trata de transmitirnos en el Evangelio.

Es la voz del Espíritu que llega hasta nosotros y tenemos que transmitir a los jóvenes. ¡Si ellos se alejan de Dios es porque nosotros no transmitimos en la frecuencia que reclama el mensaje!

Retomamos la voz del Papa Juan Pablo II ¡Hay que escuchar! ¡Dios sigue hablando! Pero la sintonía la tenemos los hombres de Iglesia y si la emisión no llega a los jóvenes tenemos que preguntarnos qué es lo que estamos emitiendo. ¿Amor? Eso fue lo que nos recordó Benedicto XVI en su primer mensaje: Dios es Amor. Bueno es recordarlo a la hora de entender y comprender a nuestros jóvenes.

Asimismo conviene recordar que la letra mata. Lo importante no es el sábado, La Iglesia no es la meta. La Iglesia, como mensajera, es el camino, cuando en cada historia se hace camino para el caminante.

Hemos de ser camino para las nuevas generaciones. Y entramos en la paradoja de que camino y caminante son la misma realidad, por ello en este saber no hay maestro y discípulo: sólo todos en Cristo y Cristo en Dios, que es el único Maestro, según anuncia el Evangelio.

Si aprendiéramos a renovarnos en el Espíritu, los jóvenes de todos los tiempos amarían nuestra Iglesia y en ella a Dios.

Desde la Biblia y desde la sociedad hemos observado que el sentir de la juventud siempre ha sido el mismo: transformar la realidad con su fuerza, con su “querer hacer”. No obstante la Verdad de Dios no exige el hacer, sino el ser.

Israel cayó en el pecado de pretender alcanzar el Reino a través de sus méritos. ¿Estaremos cayendo en el mismo error de entonces? ¿Pretendemos que Dios se acerque al mundo juvenil gracias a nuestras creencias, a nuestras leyes?

El Evangelio muestra la radical humildad que el creyente debe mantener ante Dios. Pues si bien es cierto que ha de ser camino para los jóvenes, lo será tomando como base la

vivencia de la fe en común unión con la Iglesia y no por la “maestría” de un saber teológico dado. De ahí el difícil pero necesario equilibrio del profesor de religión que deberá impartir la asignatura sin dar catequesis, pero sin poder dejar de hacer catequética con su propia experiencia de Dios en la historia de la religión católica que está impartiendo a la juventud.

Los jóvenes, que siguen teniendo hambre de Dios (cerca del 60 % solicitan clases de religión católica), abandonan la Iglesia ¿Por qué? La respuesta reclama la exigencia de la renovación de la mente. El Apóstol Pablo se lo recordó a la comunidad de Éfeso y lo sigue recordando a la comunidad eclesial del siglo XXI.

Esta exigencia del cristiano, se hace más actual que nunca. Hasta ahora los jóvenes aprendían de sus mayores, pero, paradójicamente, ahora somos los adultos los que parece necesitamos aprender el lenguaje de la juventud.

Renovarse o morir. No debemos imitarles, ¡que lo hacemos! Debemos amarles, sin miedo, y en constante escucha, pues a través de ellos, Dios nos habla.

Los signos de los tiempos hablan, como jamás en la historia, de la relevancia e impronta de la edad juvenil en las sociedades democráticas. Escuchemos su voz y guiemos su energía con la fuerza del Espíritu. Esta labor en la Iglesia, está pendiente. Cristo en el Evangelio nos indica que aunque parezca un imposible, nada es imposible para Dios.

“Los jóvenes y Dios” es el enunciado de una asignatura pendiente que reclama la atención de la Iglesia y de la sociedad entera. Hemos matado la expresión de nuestros símbolos y ahora nos quejamos de que los jóvenes abandonen a Dios.

Hoy matamos las tradiciones, y mañana lloraremos nuestra soledad. Matamos al niño que llevamos dentro y queremos comprender a los jóvenes ¡Hermosa Navidad de mis mayores, que a falta de todo, nos calentábamos con la fuerza del Amor y de la inocencia del Niño Dios!

Hemos convertido aquel Amor, gracias a la opulencia de nuestros días, en reclamo de peticiones y regalos, y en competencias de Papas Noel, Santas Claus, Reyes Magos y... Corte Inglés.

Buscar el trascendente es la última etapa en el caminar humano. Esta etapa exige una responsabilidad, una voluntad y un esfuerzo que no estamos enseñando a nuestros jóvenes.

¿Qué esquizofrenia de educación les estamos proponiendo, cuando cada mañana en las instituciones de enseñanza pretendemos que sean responsables, que mejoren su actitud y que aprendan a trabajar, dado que sin esfuerzo no se pueden conseguir y realizar los sueños, y cada tarde, en el instante de abandonar las escuelas, la sociedad española les bombardea a través de todos los medios inimaginables, para hacerles ver que lo importante es el ocio, la suerte, el engaño, la desvergüenza, en definitiva, la carencia de valores?

La juventud siempre ha tratado de buscar nuevos caminos, mas hasta ahora sus mayores siempre les han servido de guía en la eterna búsqueda, que para nosotros los cristianos, sólo descansa en Dios, y no por supuesto en una asignatura para la ciudadanía.

¿Cómo es posible enseñarles a ser ciudadanos si no les hemos enseñado previamente a ser personas? ¡Y eso es lo que siempre ha pretendido el humanismo cristiano a través de la historia. Por ello es la base de nuestra sociedad democrática (así lo hemos expuesto en nuestra ultima investigación, publicada bajo el título “Derechos Humanos y Cristianismo”)

¿Nos extraña que nuestros jóvenes no crean en Dios? Creo más bien que no quieren creer en el Dios que les estamos mostrando. Ellos quieren creer en Dios, ¡necesitan creer en Dios!, como bien expresan las encuestas, pero no pueden creer en nosotros. Si realmente creyéramos, nuestro comportamiento sería otro.

Y el que tenga oídos para oír...

Madrid 27 de Diciembre de 2006

Constantino Quelle Parra